

Manuel Prieto Prieto

HABLANDO CON SAN FRANCISCO

UNA PARÁFRASIS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE PENSAMIENTO, n^o 4 —

MADRID • MMXV

De la obra © MANUEL PRIETO PRIETO

De la edición © Editorial Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta: Miniatura del facsímil de La Leyenda Mayor de San Buenaventura.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor y el autor.

Mayo 2015

I.S.B.N: 978-84-943165-4-8

Depósito legal: M-10414-2015

Impreso en España



www.cuadernosdelaberinto.com

HABLANDO CON SAN FRANCISCO

UNA PARÁFRASIS

MEMORABLE: A Fr. Jesús de la Cruz.

“Cuando la mística sale a la luz del día, algunas de sus manifestaciones son consideradas anormales por los no místicos.

Hay fenómenos que el psiquiatra definiría como neuróticos, otros que el parapsicólogo incluiría en la percepción extrasensorial, y otros que el místico parece compartir con el artista inspirado.

Para las almas simples son unos magos, para los doctores de la ley unos borrachos, para los incrédulos unos histéricos.

Pero con ello, ninguno de los tres ha descrito al verdadero místico... sus vecinos más cercanos a veces sí”.

Y sólo para Dios son los verdaderos amigos.

A Arsenio Muñoz Martín, con quien he compartido este diálogo, además de con Francisco de Asís, y la recuperación material y estética de las catorce sargas que componen el programa iconográfico franciscano de la Sala Capitular de la Descalzas Reales de Madrid.

SIGLAS. ABREVIATURAS Y FUENTES

(Datos completos en la Bibliografía General)

Adm	Admoniciones
BenL	Bendición al hermano León
Cánt	Cántico de las criaturas
CtaA	Carta a las autoridades de los pueblos
1CtaF	Carta a todos los fieles, primera redacción
2CtaF	Carta a todos los fieles, segunda redacción
Test	Testamento
1C	Tomás de Celano: Vida primera
2C	Tomás de Celano: Vida segunda
3C	Tomás de Celano: Tratado de los milagros.
LM	San Buenaventura: Leyenda Mayor
Lm	San Buenaventura: Leyenda menor
TC	Leyenda de los tres compañeros
AP	Anónimo de Perusa
LP	Leyenda de Perusa
EP	Espejo de Perfección
AF	Analecta Franciscana sive Chronica aliaque varia Documenta ad historiam Fratrum Minorum Spectantia, 10 tomos, Quaracchi 1885-1928.
AFH	Archivum Franciscanum Historicum. Quaracchi/Grottaferrata 1908
AIA	Archivo Ibero-Americano
ArCom	Archivo Comunal de Asís (Biblioteca Municipal)

ArRuf	Archivo de San Rufino (Catedral)
Exempla	Liber Exemplorum Fratrum Minorum saec. XIII
FNV	Fortini Nova Vita di San Francesco
Jord.	Jordán de Giano, Chronica fratris Jordani
L	Escritos del Hermano León: Compilatio Assisiensis
Misc. fr.	Miscellanea Francescana di storia, di lettere, di arte. Foligno/Roma 1886
MGH, ss	Monumenta Germaniae Historica, Scriptores. Hannover 1826-1896.
PL J.P.	Migne, Patrologiae cursus completus. Series latina. París 1844-1887.
Reg	Inocencio III Regestorum sive Epistolarum Libri
RIS	Rerum Italicarum Scriptores. Ed. L.A. Muratori. Milán, 1723-1751.
Ric	Ricardo de San Germano, Chronica Regni Siciliae.
Estat Ass	Estatutos de Asís (Manuscrito D 1 Biblioteca Comunal de Asís) (Cit. libro y apartado)
Estat Pad	Estatutos de Padua (libro-apartado-pág.)
Estat Todi	Estatutos de Todi (libro y apartado) Estat Esp Estatutos de Espoleto (parte- cap-pág.).
TM	Testimonia Minora saec. XIII de San Francisco de Asís.Ed.L. Lemmens Quaracchi 1926.
Borbón de E	Tractatus de septem donis Spirtus Sancti, ed. A. Lecoy de la Marche. Paris 1974.
Eccleston de T.,	De adventu fratrum minorum in Anglia, AFI, 215-256, Quaracchi. 1885
Wadding L.	Annales Minorum, Lión 1625-1654 (8 vol.); Roma 1731-1745 (19 vol).Reedición y comentario 1931.

PRESENTACIÓN

Constantemente aparecen nuevas obras sobre la figura de San Francisco de Asís. Está considerado como el Santo que marcó no sólo un tiempo nuevo, sino que abrió las puertas a la ternura humana, a la fraternidad universal y a la belleza de las criaturas, como presencias vivas de Dios. La ciencia siempre ha tratado de dar explicación de las cosas, pero Francisco con su visión mística y espiritual, abrió un camino teofánico de la belleza universal, como fuente segura de la revelación que lleva al Altísimo, Omnipotente y Buen Señor.

El San Francisco que nos presenta Manuel Prieto en estas páginas, es un hombre de su tiempo, en diálogo abierto con el hombre de hoy. Ni elude las preguntas ni da la evasión en sus respuestas. Habla con la pureza del que está en total conexión con el hombre, al tiempo que experimenta y establece una entera comunión con Aquel que se revela y vela detrás de las cosas. El suyo, es un Francisco que pasa por todas las vicisitudes del hombre, hasta encontrar la única respuesta que anhela el ser humano.

Enfrentado a una dolorosa conversión, experimenta una total transformación que le convierte en hombre nuevo. Aparca su sueño de trovador y su alma respira mística pura, captando la energía espiritual condensada hasta en los más altos niveles de esa suprema pureza de Dios. Ahora inhala una limpia belleza de vida evangélica, que inmediatamente ejerció su influjo en toda la sociedad, creando tal fascinación de armonía y belleza en todo lo creado, que hacía contemplar el misterio como la misma realidad, como algo visible y tangible para el que se abre a la fe. Las

gentes le siguieron enfervorizadas, porque su vida arrastraba y se configuraba con el mismo Cristo, revelador del Padre.

Manuel, como intuidor de la belleza, profesor y conocedor del arte, parte de una serie de cuadros que narran la vida del Santo, actualmente expuestos en la sala capitular del Museo de las Descalzas Reales de Madrid. Pero él no se queda en el sólo motivo del arte, va más allá de lo expuesto, y nos descubre un Francisco humano, con alma universal, en alianza de gracia con todos y abierto a los seres de la creación divina, como portadores del Misterio y reveladores de la Divinidad.

El Medio Evo actúa como escenario y desarrollo de los hechos, donde la historia se entrecruza con los personajes de la época, desnudando secretos vestidos de cortesía, que al ser analizados ahora con la verdad de la historia, deja colocadas las cosas en su orden, para que éstas recobren el rigor de la verdad.

Y aunque el autor no ha pretendido hacer una biografía detallada del Santo, ha conseguido unir la visión estética a la visión histórica, dándonos una magnífica proyección de un Francisco dinámico y enteramente evangélico, en total diálogo con el hombre y la creación, ofreciéndonos un universo franciscano, donde es posible convivir todos en fraternidad y en la misma casa del Padre. La intuición mística de San Francisco se adelantó al tiempo para ofrecernos lo que hoy sabemos por la ciencia.

Son dignas de agradecer las reflexiones que nos hace este diálogo con San Francisco, ya que su gozosa sinergia nos ofrece elementos fascinantes, para vivir ese amor fraterno y sacramental que resuena en todas las criaturas del universo, y cuyo eco proclaman la paternidad de un Dios revelado y hecho amor redentor en Cristo Jesús, para salvación de los humanos.

Arsenio Muñoz Martín

PRÓLOGO

Encuentro el libro fuera de lo corriente, en estilo y manera de componer; no es libro sólo seguido de citas, por argumentación y razones. No faltan las señales de libros leídos, compensados, páginas que cimientan el posible final y consecuencia. ¿Quién es Francisco de Asís? ¿Puede hacerse otro cuadro, además de los que vienen expuestos en las sargas, más realista, más conforme a la historia, a la interpretación, a la bondad y gracia, a los datos y textos? ¿O tenemos que convivir sin ninguna pintura definitiva, aunque sí verdadera? Pues la verdad va apareciendo y existe en la vida total, de espacio y tiempo, pecado y gracia, llamada y respuesta.

Esta obra, llamada paráfrasis, quiere interpretar y hacer más inteligible la figura, la persona e historia de san Francisco. Es un diálogo cercano, con interpolaciones de historia real, recuerdos, opiniones, y tratando de empujar a una mirada completa a todo un conjunto de la vida. Está todo unido, seguido e interpretado. Con este estilo didáctico, se nos introduce con tranquilidad delante de las figuras e historias, con diálogo que no llega a cerrarse nunca, con jovialidad. No hay repetición, sino comentario constante y alargamiento de la luz para divisar detalles de los cuadros pictóricos, de las mismas señales ya interpretadas en su origen.

Como si se tratase de proyectar un power point, en una lección de la Universidad, para personas interesadas en arte, en restauración, en soporte y retoques de la obra craquelada, en la persona real e histórica, que ha vivido unas circunstancias de familia, soldado, interesado en sobresalir, de gran sensibilidad, en relación con todos los estamentos y movimientos de la sociedad. No

retraído, sino en medio de la sociedad, iglesia, marcha de los movimientos, conocedor y conocido. Y, en medio de toda la historia, hitos y viajes, misión de fraternidad, la gracia e historia de Dios. Tan cercano, con una voz en la reconstrucción de la Iglesia que sufre el peligro de ruina. Dios próximo y cercano en la historia de evangelizar, ser pobre, sumiso y predicador, vidente y discerniendo los momentos personales y del grupo nuevo, entre los grupos.

La curiosidad crece en el diálogo. Se hablan lector y protagonista. ¿Quién falta en la escena cuando se están comentando, narrando, preguntando con interés sumo todos los detalles de la obra que es una persona? No hay hueco sin resquicio donde no se entrometa la curiosidad, el buen saber, el gusto, la fortaleza por la claridad. El autor, el que escribe en este caso, quiere inquirir al máximo, y descubrir ciertos apartados que narran las escenas del cuadro, y pasaron sin ser examinadas. Y, sin embargo, son de la historia, de la persona, y no se habían dicho. Porque un cuadro, y se repite el estribillo por Manuel Prieto, es siempre más que un cuadro. Y así nos introduce en inspiración, datos, sensibilidad, emoción, proximidad y conocimiento. Cada capítulo, hasta el 14 final, y el desenlace: “convenía que así fuera”, se hablan lector, protagonista y autor. Tres círculos con la energía propia del pintor, del profesor que domina la temática y el modo de exponer. Porque este escritor no aparece de la nada, sino de las redacciones de clase, de las conversaciones tan trabadas de pensamiento y pintura, escultura o todos los temas relacionados con la restauración. Casi es un hablador, modo fresco de presentar y poder seguir la lectura. Y así aprendemos, posiblemente, algo nuevo pensado, intuido, estudiado y redactado.

En los personajes, autores y lector, amplitud de vida social y datos, se hablan personajes fundidos en un cara a cara, con interés creciente de todos, por desear conocer la respuesta, situación, lugar donde se puede colocar la historia verídica de

Francisco de Asís, con todos sus asomos que llevan al valle y a la roca de la historia social, política, religiosa. No se fuga ni oculta el intercambio de opiniones, de descripciones; más bien se atan en corto los lenguajes directos para anudar un estilo, y personal como propio, con agudeza del lector, estudioso de amplitud y analista. Yo así leo el libro, la paráfrasis que se nos entrega tan pródigamente, con unas conclusiones examinadas y llenas de intuición sobre parte de las interpretaciones que se han figurado en cuadros y libros.

Creo que el análisis estructural, físico, minucioso, de encuadrar el mismo cuadro en todos los rincones y divisiones, hace que se facilite una lectura, siempre en profundidad y cercanía, de la historia, persona, carácter, resumen y expansión de todo lo que es persona emocional, histórica y religiosa, evangelizadora, cercana y obediente al santo evangelio. No es modo lejano y pesado, la cierta lentitud porque aparezca, al final, como conclusión y apertura la figura que el autor cree es Francisco de Asís.

No se inventa el libro, ni la figura, ni la lección. Es una exposición atrevida, sí, con riesgo propio de acabar o cerrar una cierta figura solo religiosa y desde ángulos particulares, pero con la intención de abrir y continuar una lectura, también apoyada en los textos, estudios, libros y reflexión, sobre un san Francisco que requiere más lienzo y con más retoques, con la diversidad de tiempos y estilos, sin apropiación, nunca jamás, para los grupos de entonces o los de ahora. No es copiar el dibujo, y menos romperlo o negarlo, destruir la efigie o manchar de borrones o añadidos, pinturas sobre el original. No es inventar de la nada, llenando de fantasías, también religiosas, las telas nuevas, la vida consagrada hoy y de mañana, la historia de las personas, llenando de prejuicios y ensueños las realidades de “las telas como salen del fabricante”. La sarga del siglo XXI, ¿cuál debe ser, cómo se debe restaurar, aún está por ser descubierta? ¿Y de Francisco?

Se da el valor y coraje, el hablar en voz alta, uno y otro, los dos interlocutores, el escritor y la persona que aparece cercana, hasta hoy mismo, Francisco de Asís. Hay diálogo, no cerrazón y circuitos que no se puedan tocar o ser analizados. Diálogo como sistema, estilo en la redacción, y una invitación a dejar entrar, en el panorama que podría estar cerrado por odres viejos, a que quepa una disyuntiva, una interrogación, una pregunta, una aportación más en toda la biografía que se lleva difundiendo. Aún no entiendo la exclusión, el apagar voces, la imposición de estilos únicos y totales, desde el poder.

De las secciones de los 14 capítulos señalo ahora: no se puede saltar páginas, prólogos, introducciones, bibliografía, citas, lecturas repetidas. El hacer resúmenes, preguntas y detalles en el estudio, nos facilita el aprender la novedad. Porque aquí se puede encontrar novedad, nuevas más nuevas, ya que el lenguaje lo permite, y el diálogo, y la no imposición, ni el haber llegado al final, sino que es una cercanía y proximidad para conocer, amar y seguir con la figura y escritos, vidas y relatos que ya se hicieron del Siervo de Dios, el hermano Francisco de Asís.

Faceta cuidada del libro es, te puede parecer también a ti, autor y lector, la curiosidad que crece, hablar bien y decir con aire de profesor de artes, con corrección y soberanía muy quieta, sin que el corcel se desboque. Creo que hay una recreación, una sarga más bien dividida en color, “veduta”, peso y escenas de personajes. Se ve en detalle y talla la persona cercana y cercada, el Pobrecillo de Asís.

Los 14 capítulos vienen finalizados en una firma de la persona que ha sido Profesor Titular de arte en la faceta de restauración, que dibuja lo clásico como los griegos, sea el Discóbolo de Mirón o ahora la figura de este atleta de Dios, el Hermano mendigo y lleno de llagas porque abrazó al Llagado Cristo.

Victorino Terradillos Ortega

PREÁMBULO

Apunto de impulsar el dios Jano la última página del siglo XI, algo nuevo se estaba gestado sin que las formas monásticas y las ideas que las alentaban hubieran desaparecido. Es más, seguían siendo durante el siglo XIII las configuradoras de aquel ideal de perfección. Pero los espíritus más críticos comenzaban a sentirse incómodos y los más exigentes se iniciaron en una vida eremítica en creciente expansión. Esto, en el fondo, significaba que las corrientes más profundas buscaban un nuevo cauce por donde discurrir que no fuera ya el *ordo monasticus* ni el funcional *del rex justus*.

La naturaleza misma de las aguas había cambiado: Dios no era más el misterio casi inaccesible, sino la imagen visible e imitable en su querido Hijo, por una exigencia y decisión personales, bajo el impulso del amor.

El ascetismo será en este fluir —que fue entre otros el de las órdenes monásticas y canónicas del siglo XII— el conformador de ese largo caudal. Así, cistercienses y premostratenses aceptarán sólo a “conversos”, es decir a adultos que habían decidido, por compromiso personal, seguir a Cristo. Se había superado la sola perspectiva de los aspectos litúrgicos y escatológicos, criticada a los cluniacenses y en detrimento del trabajo y del apostolado.

Ahora se trataba de una nueva representación de aquel impulso amoroso que, de hecho, se traducía en una vida de renuncia y ascesis, de entrega y servicio a necesitados, leprosos y recuperación, para una vida normal, de las prostitutas. Nada se ajustaba más que este programa a la *sequella Christi*: “*seguir desnudo a Cristo desnudo*”.

La larga querrela de las investiduras había ido desdibujando el carácter sagrado del poder temporal, en el que con diversa suerte se fueron empeñando Gregorio VII, Urbano II, Pascual II y Calixto II. Aquel ideal de santidad que adornaba las funciones del *rex justus* pareció finiquitarlo la ambición de Federico I Barbarroja que, buscando reforzar el prestigio imperial, instó al antipapa Pascual III (1166) la canonización de Carlomagno. La no ratificación de este hecho por la Iglesia significaba que nada sería como antes; que sólo el ejemplo proveniente de una actitud personal moral y de piedad serían el aval para el reconocimiento de la santidad de los soberanos, como por ejemplo San Luis (1270).

Pero soltar el nudo entre cuna aristocrática, poder y santidad no iba a ser tan fácil en todas partes. El nuevo estrato evolucionado de la noción de santidad, impregnado en una creciente espiritualización apostólica y evangélica, empezaba a aparecer como una veta en progresión. Era el ideal de la *sequella Christi* que la Iglesia romana quiso ver encarnado y promovió después, en Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, canonizados de inmediato.

Sometidos voluntariamente a sufrimientos y privaciones, a pobreza mendicante, el modelo de comportamiento elegido, tendía a hacer a estos hombres semejantes a Cristo.

La existencia terrena de Francisco de Asís fue un arco en tensión por actualizar el mensaje evangélico, hasta reproducir en su cuerpo la pasión de Cristo. Era la expresión del nuevo concepto de santidad, nacido de una vida interior y una ternura que quiso ver en los más necesitados el rostro de Dios. “El “poverello” de Asís que recibió los estigmas en la Verna, es ciertamente quien llevó más lejos ese esfuerzo por actualizar el mensaje evangélico en la existencia terrena, hasta el punto de reproducir en su propia carne la pasión de Cristo” (Vauchez, A., 1990).

El suyo no era un movimiento pauperístico más de pobreza tan ambicionada como efímera, sino la ensalzada en el evangelio, predicada por obispos, clérigos y monjes que, intuita por las gentes como verdadero valor del espíritu cristiano, exigían que lo predicado se viviera con autenticidad por sus pregoneros.

La santidad no sería más monopolio de un “ordo”. La identificación con el Cristo que ama y sufre lo encarnan ahora eremitas solitarios, peregrinos o reclusos, benefactores de pobres y fundadores de hospicios, entre otros. Por si quedaba alguna duda, por dónde debía discurrir esta corriente de espiritualización de la noción de santidad, el papa había creado el marco donde las virtudes y milagros de los siervos de Dios debían contemplarse: el *proceso de canonización*.

A quienes los habían conocido, o quienes se habían beneficiado de su intercesión, correspondía ahora la puesta en escena mediante el testimonio. Bajo la lupa de la Curia estos hombres y mujeres serían objeto de un culto litúrgico, o habrían de conformarse con una veneración local.

La Iglesia conocía bien que, en el filón de espiritualización de la santidad, los fieles entreveraban sus veneraciones por hombres, mujeres y niños, a los que ponían en el centro de su devoción, a la par que les merecían menos los minuciosamente elegidos y propuestos por la jerarquía. Ni el pueblo quería renunciar a su prerrogativa de crear santos, ni la Iglesia podía dejar que la santidad corriera al margen de su cauce, contra su corriente, cuando no a base de fustigar sus debilidades.

Parecía necesario, también, difuminar de cierta hagiografía doméstica la inaccesibilidad, para el común de los mortales, de estos hombres y mujeres alejados del primer plano del cuadro e inmóviles en el tiempo, de los que sólo parecía resaltar lo extraño e inhumano de sus vidas, diseñadas por clérigos, con la omisión de lo que disfrutaba el resto de los humanos. Éstos sólo

esperaban, para su humanidad pecadora, la intercesión, por los dones alcanzados con tanto sacrificio, perfección y abundancia de gracias divinas.

Una lenta transformación de las aguas profundas —culturales y religiosas— había empezado a estremecer la sociedad que tocó vivir a San Francisco de Asís. Habían comenzado a diseñarse los trazos de los santos como seres vivos, próximos, familiares, a la vez que iban perdiendo perspectiva los intercesores ilustres, pero oscuros y lejanos.

No cabe duda que este fluir de la santidad medieval arrastraba el sedimento de su valor eclesial desde la más remota antigüedad cristiana, bien que reducido a esta o aquella iglesia particular. Ahora es la Iglesia universal la que toma conciencia del venero que comienza a brotar en su seno, justo cuando muchos rostros se volvían hacia las predicaciones de cátaros y valdenses. Las figuras de Santo Domingo y San Francisco son las que sacuden y despiertan esta conciencia. En la vida de este último, un gran número de cristianos, tanto clérigos como laicos, vieron de hecho la señal de la llegada de los “nuevos tiempos”, expresión que designaba a la vez el presente más actual y el cumplimiento de la historia del mundo.

En efecto, a los ojos de sus contemporáneos, el Poverello de Asís —y por lo demás también Santo Domingo— apareció no como un simple pilar de las instituciones eclesiásticas, sino como un reformador, e incluso como algo más: el renovador de la antigua santidad cristiana que, aliándose con el mensaje evangélico, inauguraba una nueva y definitiva etapa en la historia de la salvación (Vauchez, A. 1990).

Los círculos concéntricos de esta sacudida alcanzaron, aunque con histéresis, las hagiografías que quisieron ver para cada santo —a través de su experiencia de Cristo— el discernimiento y el dominio de alguna exigencia de su época. Ese es el

significado último de Dama Pobreza presentada por Francisco de Asís: una propuesta frente a la soberbia y la codicia sordida, la de la nueva ciudad y economía mercantil emergentes.

A las primeras biografías de San Francisco había llegado, también, el aire fresco de una vida imitable, válida en sí misma, que no por sus milagros. De que así fuera, se habían encargado sus más antiguos compañeros, oponiéndose al propósito de los dirigentes de la Orden, cuando en Greccio, desearon redactar una recopilación de los prodigios atribuidos al santo después de su muerte. Que “los milagros no hacen la santidad, sólo la manifiestan”, parecía la última pincelada aplicada al modelo, la que lo situaba entre los hombres, en el centro de la Iglesia, destacándolo en el fondo del cuadro.

Nosotros, en ningún momento hemos pretendido escribir una vida del Santo de Asís. Hemos dialogado con un Francisco en el que la historia y “su historia”, es decir, la aventura entera de su vida, se solapan —como en un imaginario caduceo— en el que el eje donde se realiza el equilibrio de las tendencias contrarias, fue siempre para él, el “Altísimo, Omnipotente, buen Señor”.

El autor

ESTE FUE MI TIEMPO

Soy el hijo de Pedro Bernardone. Mi pueblo, Asís, se encuentra en el ducado de Espoleto. Se alza sobre una estribación del monte Subasio, en el centro de su condado.

Está rodeado de gruesas murallas y tiene diez hermosas puertas rematadas en torres. La parte exterior de la muralla está rodeada por un profundo foso. Al otro lado del foso se encuentran los suburbios, rodeados por terraplenes y empalizadas; en la cima de la colina se emplaza el castillo y los bastiones que protegen y dominan la ciudad.

Ésta posee muchas iglesias y palacios. En el centro se halla el foro; allí es donde instalan el mercado aquellos que se dedican al comercio: productos de panaderos, campesinos y carniceros; también suelen hallarse especias, cera, quincallería y manufacturas de tejedores, alfareros, curtidores, carboneros, guarnicioneros y muchos más, porque Asís provee a los habitantes del condado y la ciudad, pero también a los que vienen de lejos, y además a los empleados alemanes del castillo.

Los comerciantes montan sus tiendas y puestos en las plantas bajas o entre los pilares del templo de los paganos¹. En el mercado hay guardianes encargados de controlar que los alimentos sean frescos y que no se coloquen directamente sobre el suelo y, que los carniceros no dejen tirados los despojos, sobre todo en la fuente, y que los pesos y medidas estén calibrados².

El condado de Asís se extiende por el valle, las colinas y las montañas. Los límites alcanzan desde Giomici, por encima de Valfabbrica al norte hasta Postignano, junto a Nocera al este,

Cannara al sur y Collestrada al oeste. No hay zonas pantanosas, excepto en los alrededores de Rivortorto, y entre los arrozales de Cannara.

Los habitantes del condado residen en *castra o castella*, pueblos amurallados, con y sin castillo. El resto vive en caseríos desprotegidos llamados *villae o loci*. Los impuestos se pagan por hogar y no por persona. Y la mayoría de los campesinos depende de las iglesias y abadías cuyas tierras labran; o de los nobles que ejercen la autoridad legal por privilegio imperial. Actualmente hay también burgueses que poseen campesinos, o que los arriendan a los monasterios junto con la tierra³.

Los primeros en habitar el valle de Espoleto se llamaban *Unbri*. Fueron vencidos por los romanos. Eran paganos, hasta que los convirtió San Rufino, que procedía de Asia, y aquí murió martirizado. Lo enterraron en un antiguo templo pagano, consagrado a la Bona Mater. En su lugar se construyó la basílica de San Rufino, que hoy en día se está reconstruyendo para convertirla en una catedral de grandes dimensiones⁴.

Después del gobierno de los romanos vino el de los godos, griegos y longobardos. Éstos crearon un ducado en Espoleto del que también Asís formaba parte. Hay familias distinguidas que se vanaglorian aún de sus orígenes longobardos. Pero ya hace siglos que el ducado vuelve a pertenecer al imperio romano, aunque los emperadores no son romanos, sino alemanes. El hecho se debe a Carlomagno, que a su vez conquistó el ducado. Y desde entonces, Asís ha sido gobernada unas veces por condes, otras por duques y otras por solo un obispo; unas veces gobernaban en nombre del emperador y otras de un papa.

Los papas dicen que Carlomagno les dio estas tierras. Por otro lado, los emperadores alegan que, al igual que la Túnica Inconsútil de Cristo, así el Reino: ha de permanecer indiviso. Sin embargo, cuando les conviene, reconocen las pretensiones del

papa. No hace mucho, Federico Barbarroja adjudicó el ducado a Alejandro III, pero los alemanes no se retiraron. Si no hay amenazas...! pero no tardó en recuperarlo: al año siguiente⁵.

La táctica, hermano, es la de siempre: si la posición de los emperadores es endeble nos embaucan con privilegios. Cuando es fuerte, nos despojan de ellos. Mira lo que hizo Federico: el 11 de noviembre de 1158 reunió una dieta en Roncaglia, donde reclamó para sí todos los derechos soberanos (regalías), como propiedad inalienable: impuestos y nombramientos, multas y confiscaciones, derecho de tránsito, derecho de acuñar moneda, propiedades, y todo aquello que las ciudades consideran suyo.

Nombró en las ciudades magistrados (podestà) encargados de representarlo, y devolvió a los nobles su condición de feudos en relación de vasallaje. Es indudable que se preparaba a restaurar la investidura laica de los obispos. Quien no se resignara sería destruido. Por lo que respecta al ducado, el emperador ya había arrasado anteriormente la ciudad de Espoleto. Así, con su condado, fue sometida directamente a la autoridad imperial y fortificada hasta convertirse en un bastión contra la Perugia papal⁶.

Este programa arcaico chocaba abiertamente con las nuevas circunstancias económicas. Milán, Brescia y Piacenza comenzaron a preparar una insurrección de las ciudades, tomando contacto con el papa. Mientras tanto, Federico Barbarroja iba acumulando motivos de discordia. Con los bienes de la marquesa Matilde más las islas de Córcega y Cerdeña, que el papa reclamaba, hizo un amplio dominio que entregó en vasallaje a Welfo de Baviera a fin de atraerse a este poderoso linaje. Luego nombró a Reinaldo de Dassel arzobispo de Colonia y a un subdiácono para la sede de Ravena sin consultar siquiera al papa. Adriano reaccionó con energía: la Dieta de Roncaglia no le afectaba porque el *honor Petri* que, es “honor de Dios”, significa plena soberanía sobre el *Patrimonium* y plena independencia en lo

espiritual para los obispos. Y anunció que, si Federico no rectificaba en el plazo de cuarenta días, sería objeto de excomunión. Antes de que el plazo se agotara murió el papa Adriano IV.⁷

Simplificando colores y muchos matices, voy a dar unas gruesas pinceladas, como me dirás tú en muchas ocasiones, al plano en el que, en unos veinte años, yo mismo vería la luz de este mundo.

El colegio de cardenales estaba profundamente dividido: frente a los que defendían la plenitud de la autoridad del pontífice, con predominio de la ley canónica sobre la civil en todos sus aspectos, no faltaban quienes influidos por el derecho romano, compartían el punto de vista del emperador: que la Iglesia necesitaba la existencia de una soberanía temporal completa para su defensa.

Adelantándose a sus colegas, una minoría de partidarios del emperador eligió a un sabino de noble cuna —Ottaviano de Monticelli— del círculo de amigos de Federico, que tomó el nombre de Victor IV. Quizás Otto de Wittelsbach, conde palatino, que estaba en Roma en el momento de la muerte de Adriano IV, influyera en el desarrollo de los acontecimientos. Victor IV declaró su voluntad de velar por el “honor del imperio” en una de sus primeras cartas, usando los términos de Constanza⁸.

Ese mismo día la mayoría de los cardenales procedía a elegir a Rolando Bandinelli, que tomó el nombre de Alejandro III y se presentó como defensor a ultranza del “honor de Pedro”⁹. El clero y las órdenes monásticas se dividieron: en general, los maestros teólogos y canonistas se colocaron al lado de Alejandro, que era uno de los suyos. Lo mismo hizo el Cister. En cambio, Cluny reconoció a Victor IV.

La comunidad, verdadero cuerpo místico, estaba siendo amenazada por desviaciones muy serias, ya tratadas en los

sínodos de Montpellier (1162) y de Tours (1163), en los cuales se reconoció la necesidad de recurrir a medidas de fuerza para desarraigadas.

Como un eco de las críticas que se levantaron contra la estructura jerárquica de la Iglesia y sus medios materiales, surgían movimientos que reclamaban pobreza absoluta, como el caso de Pedro Valdo (1140-1217) y sus discípulos, o que rechazaban los fundamentos mismos de la Iglesia, como sucedía con los cátaros (“puros” en el sentido de elegidos), también llamados albigenses por ser Albi la ciudad donde más proliferaban.

Federico Barbarroja, que había rendido Milán (1 marzo de 1162) disponiendo su arrasamiento, parecía por primera vez absolutamente dueño de Italia. Luis VII y Enrique II estaban aprovechando la oportunidad del cisma para incrementar el dominio que ejercían sobre la Iglesia. El británico impuso el nombramiento de su propio canciller, Tomás Becket (1117-1170) como arzobispo de Canterbury. Entre Francia e Inglaterra se alzaba la misma mujer, Leonor de Aquitania, casada con Enrique II después de haberse divorciado de Luis VII.

Luis proyectó una solución al cisma mediante un encuentro con Federico Barbarroja en el puente de San Juan de Losne, sobre el río Saona, al que deberían asistir ambos papas. Pero Alejandro lo rechazó. A fin de cuentas se traducían en un arbitraje ejercido por soberanos temporales entre dos candidatos.

El 19 de septiembre de 1162 se realizó el encuentro, pero Luis no encontró al emperador sino al canciller, Reinoldo de Dassel. La entrevista fue un fracaso. Tomás Becket afirmó desde el primer momento la superioridad del derecho canónico sobre el civil e impidió a los jueces temporales intervenir en el juicio de un clérigo de Sarum, aunque era un horrible crimen lo que se dilucidaba.

Por su parte el monarca británico trabajaba en una ley publicada en 1164 (Constituciones de Clarendon) que establecía

una prohibición a los obispos de viajar a Roma sin su licencia y sometía a los clérigos a la justicia ordinaria, cuando la materia del delito así lo requiriese. Becket apeló al papa, que declaró aceptables sólo tres de los dieciseis artículos de la ley.

Alejandro III, comenzó a preparar su viaje de regreso a Roma. Y Victor IV, que viajaba siempre con el emperador, falleció en Lucca el 20 de abril 1164. Como los ciudadanos lo consideraban un antipapa, se negaron a que lo enterrasen allí. Dassel, temiendo que Federico se inclinara por la negociación, hizo elegir a Guido de Crema, que tomó el nombre de Pascual III. Rápidamente hizo dos gestos hacia la popularidad alemana: la canonización de Carlomagno y el traslado de las reliquias de los Reyes Magos desde Milán a su catedral de Colonia. Pero ya empezaba un fuerte movimiento de resistencia entre las ciudades que se proponían formar una liga contra el emperador. La consigna era frenar al emperador.

Alejandro por el camino del mar llegó a Sicilia y, desde allí, escoltado por tropas normandas entró en Roma el 23 de noviembre de 1166. Pascual III se retiró a Viterbo.

Por cuarta vez el ejército imperial descendió sobre Italia. Tomada Ancona, derrotadas las milicias romanas en Tusculum (29 de mayo de 1167) y huido Alejandro al refugio seguro de Benevento, pudo Federico entrar en Roma con Pascual III, que coronó en San Pedro a la emperatriz Beatriz de Borgoña. Pero, como dirían los partidarios de Alejandro, la mano de Dios descendió sobre él: una epidemia de malaria, el mal romano, se abatió sobre el ejército, causando la muerte a más de dos mil caballeros, entre ellos el duque Federico de Suabia, Welfo de Baviera y Reinaldo de Dassel (14 de agosto 1167). Los invisibles microbios habían destruido el poderoso ejército alemán.

Al mismo tiempo llegaba la noticia de que Mantua, Bérgamo y Brescia, habían tomado la iniciativa de constituir (marzo de

1167) la Liga Lombarda, con el fin de que las cosas volvieran al estado anterior de la Dieta de Roncaglia. Así, con cónsules elegidos por los ciudadanos comenzaron a sustituir a los *podestà* imperiales.

Pascual III murió en 1168. Federico Barbarroja dejó de apoyar al sucesor que sus partidarios le habían procurado, Calixto III, porque comprendía que el cisma obstaculizaba su política. También Enrique II se rendía; había intentado someter a juicio a Becket por el rechazo de las Constituciones de Clarendon, pero el arzobispo había salido de Inglaterra, después de pronunciar el entredicho. Alejandro III confirmó su actitud y le nombró, además, legado en las islas británicas (1166).

Federico Barbarroja estaba convencido de que sólo una victoria militar podía ahora cambiar el equilibrio de fuerzas, pero carecía de instrumento fundamental para lograrlo: ni poseía ejército, ni los príncipes alemanes estaban dispuestos a dárselo. Tampoco había posibilidad de conseguir aliados. Y Luis VII se mostraba contrario, y el retorno de Becket a Canterbury sólo había servido para afirmar la posición de la Iglesia en Inglaterra.

Un comentario desdichado de Enrique II hizo que algunos caballeros de su séquito asesinaran a Tomás Becket en la catedral el 29 de diciembre de 1170. En 1172 el rey hizo penitencia por un crimen del que se declaraba inocente. Y Alejandro III declaró que Becket había muerto mártir de la fe.

En septiembre de 1174 el emperador estaba nuevamente en Italia. Se celebraron algunos coloquios con el papa y las ciudades italianas, que fracasaron. Alejandro III y la Liga se mostraron dispuestos a no separarse.

Federico decidió arriesgar la batalla en el campo de Legnano y la perdió (19 de mayo de 1176). Se abrieron negociaciones muy largas, que tuvieron por escenario Venecia, a donde había

llegado el papa entre los días 10 de mayo y 21 de junio de 1177. El emperador abandonó a Calixto III que, tras un conato de resistencia, se sometería el 28 de agosto de 1178 y firmó una tregua con las ciudades lombardas, reconocía a Guillermo de Sicilia como rey, y prestaba obediencia a Alejandro III.

Al entrar en Venecia el 24 de julio, Federico se arrodilló humildemente delante del papa, que le aguardaba a las puertas de la basílica de San Marcos. Alejandro le dio el beso de paz, juntos entonaron el *Tedeum* y en la misa solemne del día siguiente, comulgaron. La paz fue promulgada solemnemente el 1 de agosto.

En las conversaciones se había previsto la convocatoria de un concilio ecuménico, el tercero de los celebrados en Letrán. Se inauguró el 5 de marzo de 1179, exactamente un año después del triunfal regreso de Alejandro III a Roma.

¿Sabes quién pronunció el discurso de apertura? Rufino, obispo de Asís, mi pueblo.

La Iglesia se dibujaba como la gran monarquía prevista por los reformadores. Pero no era el poder lo que la caracterizaba, sino el profundo valor espiritual. Alejandro III acogió a los Valdenses, alabó su pobreza, y les pidió moderación, pero les prohibió predicar salvo con permiso de sus obispos.

Las actas de este concilio III de Letrán no nos han llegado, pero sí conocemos los 27 cánones elaborados por este sínodo. Declara que incurren en excomunión quienes suministren armas o materiales bélicos destinados a los sarracenos. Condena, también, bajo anatema a los cátaros o albigenses, así como a quienes les den alojamiento y trafiquen con ellos; quienes por el contrario, tomen las armas contra ellos quedarán, como los cruzados, bajo protección eclesiástica. Se reitera la prohibición de la simonía¹⁰.

Con estos gruesos trazos he querido poner el fondo y trasfondo del escenario que precedió mi entrada en la escena de esta vida, un año de los finales del siglo XII (¿1181-1182?).

En las obras que vais a manipular, hermano, con el noble intento de diferir el inevitable proceso de degradación que, como toda obra humana, camina hacia su fin, también hay un fondo y trasfondo en el que se imbrican, como en un invisible caduceo, los hechos narrados, las veladuras que, sin ocultarlos, los matizan y, los arrepentimientos (pentimenti) de lo que pudo haber sido y no fue.

Yo, hermano Francisco, te ayudaré a recordar e incluso a completar algunos hechos de la historia que, como sabes, no es un caudal que lleve a igual velocidad y en la misma dirección los acontecimientos. Es más, lo que llamamos historia, lo constituyen precisamente la diversidad y la desigualdad de las corrientes. En más de una ocasión me oirás decir que, un cuadro siempre es más que un cuadro, para ser un documento.

Cada cuadro que vamos a analizar, Francisco, es como la historia de una superposición de capas geológicas con diferente inclinación, a veces bruscamente interrumpidas por fallas y que, en un mismo lugar, en un mismo momento, nos permiten captar varias edades de la tierra, de tal modo que cada fracción de tiempo transcurrido es a la vez pasado, presente y futuro. Es la historia, Francisco, tu historia imbricada en otra historia. Y por más que los vocablos sean iguales, no hay razonamientos para la analogía.

Sé hermano, que te has documentado para afrontar el reto conservador/restaurador con el mínimo riesgo para salvaguardar la originalidad de las obras, base de toda investigación. Yo, en la medida que me sea posible, intentaré ayudarte en el noble empeño

NOTAS

1º—Se trata del templo de Minerva, según se desprende de un acta de traspaso de 1212: Archivo Municipal de Asís (Biblioteca Comunale) M1 f2; A. Fortini, *NovaVita di San Francesco*, III, 579.

2º—Estatutos de Todi, Libro I, apartados 53, 62, 92. Ed. G. Ceci e G. Pnesi. Todi. 1897.

3º—Ver un arrendamiento de tierra, con siervos inclusive, de 1208, en A. Bartoli Langelì, “La realtà Sociale assisiana e il patto de 1210”, Atti IV, p. 123.

4º—Según Crónica de fr. Elemosina, a finales del s. XIII (Assisi Cod. 341, Biblioteca del Sacro Convento, f 72 s. [...] provinciam Unbrie [...] Scilicet ducatum Spoletanum usque ad appeninos montes et ad ripam tiberis fluminis). El escritor se refiere a la antigua provincia romana. Que yo sepa, dice H. Nolthenius, en la época de Francisco no se utilizaba nunca el término “Umbria”, para designar la región, ni siquiera en las Fioretti. Cf. H. Nolthenius, *Un hombre del valle de Espoleto, San Francisco y sus coetáneos*, pp. 116-117.

5º—En 1176, Federico Barbarroja regaló el ducado al papa Alejandro III, y lo recupera en 1177. Cf. D. Waley, *The papal state in the 13 th Century*, t. 16 s. (Ver H. Nolthenius, o. c. p. 17).

6º—El diploma de 1160, por el que Federico puso bajo su control directo a Asís, se explica como señal de benevolencia (como dice Manselli); pero la ocupación alemana podía imponerse como castigo, que es lo más probable, según opina T. Tabacco, sobre todo si se tiene en cuenta la rebelión en 1174, que es lo que defiende éste en *Storia d’Italia* 1, p. 176 s. Desde 1169, el emperador era dueño de todo el ducado. Asís había perdido su posición de privilegio. Y Barbarroja permaneció en Asís en 1177 y 1186.

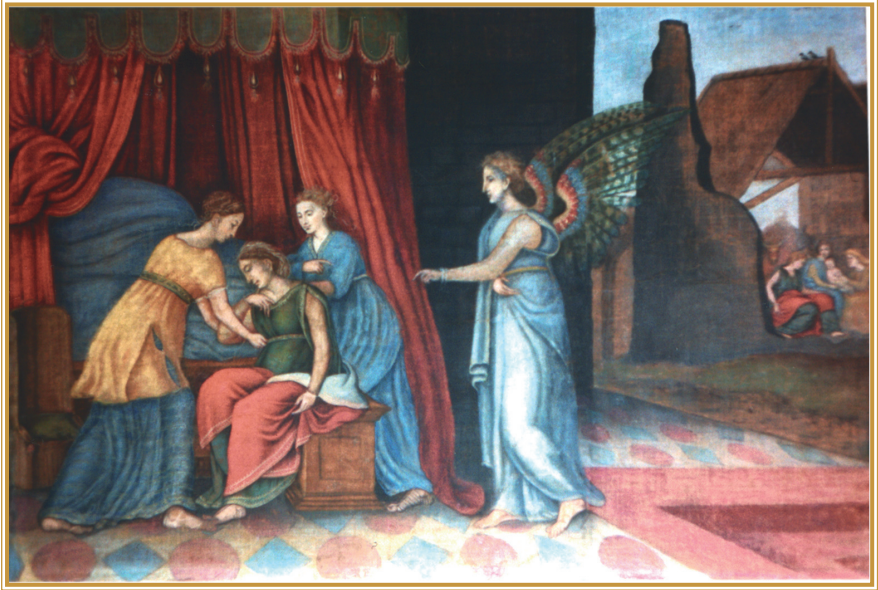
7º— *Diccionario de Papas y Concilios*, Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lisón y Luis Suárez (En adelante, se citará como *Diccionario de Papas y Concilios*). p. 192.

8º—Id., pp. 192-193.

9º—Ibidem

10º— Id., pp. 193-197.

I. LO ANUNCIO UN MENSAJERO



Decet instabulo parias nam quen geris
alvo maxime in vita Christi imitator erit.

*Conviene que des a luz en el establo, porque lo que
llevas en tus entrañas será en vida, el máximo
imitador de Cristo.*

Voy a presentarte, en primer lugar, a mi madre. Se llama Giovanna, aunque todos en Asís la conocen como dama Pica. En realidad nunca me planteé por qué la llaman Pica. Ahora que lo pienso, podrá ser por una abreviatura de Picarda o Picardía, uno de los principales centros textiles de Francia, sino el principal¹. Creo que allí la conoció mi padre, en una de las ferias de Champaña que, de forma ininterrumpida se celebran durante todo el año, como una feria permanente. Sólo el paréntesis de traslado de un lugar a otro suspende aquel mercadear. Es, como sabes, un comercio ambulante al por mayor.

De adolescente oí decir que mi madre había hecho la peregrinación a Tierra Santa y, que en el camino de vuelta, en Provenza, la había conocido mi padre en uno de sus viajes de negocios. Pero, a esa edad yo estaba en otras cosas, como correr con el aro por la plaza de la Comuna. Como quiera que fuese mi madre se llamaba Giovanna y Pica era únicamente su apodo. Pero más tarde, yo mismo corría su misma suerte con mi nombre. De mi madre poco más se sabe por los libros, pero te lo recordaré más adelante.

Ahora deja que te diga más de ella y de lo que contemplas en el cuadro. Las vecinas le decían que tenía mucho gusto en el vestir y, a decir verdad, siempre iba elegante aunque muy sencilla. En esta ocasión y trance, sentada a los pies del lecho y con dolores de parto, porque había llegado la hora, mi hora, viste la camisola y el brial, que son de seda. De la camisola sólo aparecen las mangas. El brial es entallado y se ajusta al vientre y los riñones; es mucho más largo que el que solían vestir los hombres. El de mi madre, como el de todas las mujeres, lo arrastraba, por

eso también se llamaba tapapiés o cubrepiés. El que tenía para los domingos y días más solemnes iba adornado con orifrés y bollos en las mangas. Este sólo va adornado en el escote, mangas y parte baja. Cuando se ponía el corpiño del brial, éste le moldeaba el torso, las caderas y el vientre, y se abrochaba al lado.

Mi madre tenía especial predilección por uno estampado al hierro caliente por presión entre dos moldes de boj; pero el estado en que se hallaba, le impedía llevarlo puesto, así como el largo cordón de seda que le daba dos vueltas al cuerpo y le caía hasta los tobillos.

Solía peinarse dividiendo los cabellos con una crencha en medio o sujetándolos con una cinta, como ves la llevan sus asistentes; a veces se hacía torzales mezclados con cintas y reunidos en la nuca; o suelto y cubierto simplemente con un velo o cubrecabeza de una tela de hilo extremadamente fino, como ahora lleva. Alguna vez la vi con una redecilla.

Para andar por la casa prefería calzar escaarpines de terciopelo acuchillado y enteramente descubiertos o, también, los de puntas terminales, ya pasados de moda cuando yo nací. Para salir a la calle o la granja que teníamos al pié del Subasio, usaba los borceguíes de caña corta y partida, porque en Asís, como bien sabes, suele llover bastante.

Otras preferencias de mi madre puedes apreciarlas observando la escena. Por ser el más apreciado, le gustaba el paño escarlata y verde para el dosel del lecho, liso y no escaqueado al uso con pequeños cuadros o jaspeado, adamascado o con mariposas.

Las jóvenes que asisten a mi madre visten al uso: camisa blanca pasada por azafrán para darle ese color crema y perfume penetrante, ajustada al pecho con una banda de tela y aberturas lazadas en los lados; y brial rayado horizontalmente de diversos colores repetidos a pequeños intervalos, o simplemente en azul, como el de la compañera.

Muchas veces solía decir mi madre que el manto rojo con cenefa bordado en oro, le recordaba la antigua *paenula*. Lo sujetaba con un hermoso y grueso broche de esmalte en medio del pecho. Tenía, también, como mi padre, una capa con aberturas para los brazos, impermeable y confeccionada con tejido caro para los días de lluvia. Como sabes, la fabricación del paño era una verdadera industria que tenían los principales centros en Flandes, Picardía, Champaña y Languedoc. Y cada provincia tenía su sistema particular que hacía reconocible el tejido, además por el color del tinte: escarlata, rojo, azul, granza y castaño, amén del negro y el verde extendidos por doquier.

También se usaban los estambres, las sargas, tiritañas y droguetes. Los tejidos de lana solían estar rayados horizontalmente de diversos colores, que se repetían a largos intervalos.

A mi padre oí decir que el algodón, del que oriente tenía el monopolio, se había aclimatado muy bien en Italia desde principios del s. XII. Desde esa época, era común en Francia la espesa tela de medio hilo y medio algodón, llamada fustán; de allí la traía mi padre, al igual que la muselina para tocas de señora².

A propósito de mi padre: a raíz del año 1174, cuando las tropas imperiales devastaron el condado de Tuscia y el ducado de Espoleto, tenía poca o ninguna simpatía por los imperiales. Claro que, éstos no querían saber nada de la costumbre italiana de admitir burgueses en funciones directivas. Para ellos el auto gobierno era la peste. Los ciudadanos comunes se perdían en estos vericuetos. En Asís la antipatía, por no decir algo más fuerte, se polarizaba en el hombre que comandaba las tropas y se hacía llamar Cristiano y arzobispo de Maguncia, aunque se decía que no era ni una cosa ni otra, pero hizo sufrir bastante a mi pueblo. En esos momentos, el duque de Espoleto y conde de Asís, era un comandante alemán que se llamaba Conrado de Urslingen y era la mano derecha del emperador.

Francisco, he leído que Lucio III elegido el 1 de septiembre de 1181, no se hizo consagrar en San Pedro, sino en Velletri el 5 de septiembre de ese mismo año. No estaba seguro de la fidelidad de los romanos ni de su Senado de veinticinco miembros, porque no había tenido con ellos las acostumbradas larguezas ni se les había dejado vengarse de la derrota de *Tusculum*. Hasta el mes de noviembre no entró en Roma, donde le recibieron con frialdad. Como no las tenía todas consigo, porque no tenía más garantía de sumisión de los habitantes que las tropas de Cristiano de Maguncia, y éste había muerto en septiembre a causa de las acostumbradas fiebres de Campaña, Lucio III prácticamente se quedó sin cobertura y decidió instalarse en Verona.

De Cristiano de Maguncia he leído que iba con una maza en lugar de un báculo y un casco de oro, en lugar de una mitra. Que se rodeaba de pecadoras y no de prelados; no tenía buena prensa que digamos³. Por contra, en algunas ciudades había predicadores itinerantes, que iban de dos en dos, descalzos y pobremente vestidos con toscas túnicas. Predicaban con o sin permiso de los obispos. La gente decía que eran bastante incultos. Posiblemente adivinaban su incultura, porque entenderlos... era muy difícil, ya que provenían de otras regiones. El caso es que les seguían muchos. Decían que pertenecían a los pobres de Lyon⁴.

En Asís, por estas fechas, estaban pendientes de la paz firmada por el emperador y su hijo Enrique con las ciudades de la Confederación Lombarda, en Constanza. Como les había devuelto todos sus antiguos privilegios, incluidas las comarcas fuera de Lombardía se beneficiarían de este acuerdo; en el ducado de Espoleto desconocían si estarían entre aquéllas.

En octubre y noviembre de 1184, cuando tú, Francisco, tenías dos o tres años, los consejeros del papa y los del emperador estuvieron negociando. Antepusieron a cualquier otra cuestión la angustiosa situación en que se hallaba el reino

de los cruzados desde que Saladino consiguiera unir en una sola mano Damasco y Egipto. Acordaron predicar una nueva cruzada, la tercera. Y se dio por hecho que en ella iría el emperador.

Los negociadores imperiales y papales, es decir del papa Lucio III y del emperador Federico, han condenado conjuntamente las herejías que infectaban el mundo: los pobres de Lyon, los pobres lombardos, los patarinos, los arnaldistas, los humildes y los cátaros. Tampoco olvidaron a los esperonistas, los burgari y los tortolani, así llamados porque consideraban la eucaristía un trozo de tarta.

Pero los más peligrosos, decían, eran los cátaros⁵. El emperador decretó una ley que denegaba todos los derechos y libertades a los cátaros. Y el papa cursó una bula con el mismo contenido: *Ad abolemndum*, que según H. Maisonneuve (*Étude sur les origines de l'Inquisition* París, 1960) debe considerarse como la primera raíz del procedimiento inquisitorial.

El 29 de octubre de 1184, después de largas negociaciones, el emperador anunció el noviazgo de su hijo Enrique con Constanza, heredera del reino de Sicilia⁶.

Perdona, Francisco, que me haya enrollado con estos brochazos de historia. Son los aplicados con colores fríos, por aquello de que son los que alejan en el plano el cuadro, tu cuadro, el lugar de la epifanía de tu imagen.

Y hablabas del modo de vestir de tu madre, de las telas preferidas y sus colores y, percibía en tu manera de hablar, que eso de los tejidos no te era ajeno. Pero quisiera que me explicaras esa figura de ángel alado que en el centro de la escena parece dirigirse a tu madre y, con el brazo extendido, le indica el objeto del mensaje: *“Conviene que des a luz en el establo, porque lo que llevas en tus entrañas será en vida el máximo imitador de Cristo”*.

Sin duda, a primera vista el ángel parece ser el mensajero de Dios que propone a mi madre el lugar de mi nacimiento: una

casa semiderruida, al fondo del cuadro, en una escena ambivalente —dentro/fuera— respecto al primer plano, donde aparece mi madre y sus asistentes, que mantienen en sus brazos a su hijo, mi humilde persona. Además, el ángel afirma que el fruto de sus entrañas “será en vida el máximo imitador de Cristo”. Está claro, hermano, que lo dice de mi persona.

Mira, Francisco, te voy a decir lo que yo he leído sobre este ángel, pero creo que debo dejarlo para el final de nuestras conversaciones sobre las catorce escenas de las que trataremos. De momento sólo te digo que el mensaje no es una profecía, ni el mensajero es quien parece.

NOTAS AL N° I

1°—El Anónimo de Bruselas es el primero en afirmar que la madre de Francisco se llamaba Juana. (Sobre los árboles genealógicos de los archivos, ver FNV II, 93, A. Fortini, *Nova Vita di San Francesco*).

2°—Michèle Beaulieu, *El Vestido Antiguo y Medieval*, pp. 84-102.

3°—*Diccionario de Papas y Concilios*, pp. 179-198. Cf. H. Nolthenius, o. c. pp. 16-25.

4°—H. Nolthenius, o. c. p. 20. Cf. también, Grado Giovanni Merlo, *En el nombre de Francisco de Asís, Historia de los Hermanos Menores y del franciscanismo hasta los comienzos del s. XVI*, pp. 10-20. A partir de los años 70 del s. XII, Valdo de Lyon y sus “fratres” había mantenido una estrecha conexión opción evangélico-pauperística y anuncio de la Palabra, acentuando lo “doctrinal” y esforzándose directamente a combatir la herejía, a diferencia de Francisco y sus primeros “hermanos” que acentuarán la predicación en la dimensión penitencial y moral.

5°—Su nombre deriva de un gato negro que adoraban y besaban como a una deidad. Y se entregaban a prácticas desvergonzadas y lujuriosas; Cf. Alanus ab Insulis, *De fide cathólica contra heréticos*, PL 210, c. 366.

6°—*Diccionario de Papas y Concilios*, pp. 197-198. Cf. H. Nolthenius, o. c. pp. 21-24.

II. LA LUZ DE LA VIDA



Francisci natali con gaudent matri vicine
reficitur genetrix puer alumne date.

“Las vecinas se congratulan con la madre por el nacimiento de Francisco. Recuperada ésta le entregan el recién nacido”.

Ya estoy aquí. Acabo de nacer¹. En la casa familiar. En la alcoba de mis padres. Siguiendo el gusto del momento, mi madre la tenía decorada con telas de vivos, y delicados colores; quizás más caras de lo que correspondía a nuestra condición burguesa.

Ya sé, Francisco, que las mujeres tenían el poder sobre la casa, pero era una débil compensación otorgada a ellas en una sociedad dominada por el varón, donde raramente se hacía oír la voz de la mujer que no fuera de los estratos más elevados, de la clase alta².

Pero, eso sí, ellas eran las administradoras del espacio doméstico, las administradoras de la familia. Esto lo he leído yo en muchos libros. Además, estaban sometidas a los deberes de esposa, a la fidelidad al marido y a la autoridad de éste, y encontraban sólo compensaciones limitadas en el amor a sus hijos, confiados casi siempre a nodrizas en los primeros años y diezmos por la terrible mortalidad infantil³.

Pero, Francisco, explícame lo que veo en esa escena. Estás viendo, hermano, en primer lugar, a la comadrona que asistió a mi madre en el parto y toda mi indefensión en sus brazos, a punto de recibir mi primer baño, no del que saldría nueva criatura, sino del que inmediatamente recibiría el primer abrazo y beso de mi madre. El agua caliente del barreño es mitigada por la fría del cántaro que la sirvienta mezcla y comprueba su temperatura al tacto.

A la izquierda de la escena, mi madre, en el lecho, recibe las atenciones de una amable vecina. Y te preguntarás qué hace en la puerta entreabierta aquella otra mujer. Acaba de llamar un anciano peregrino pidiendo limosna y suplicando ver al recién

nacido. Ante la negativa de mi madre al segundo deseo, amenazó con no marchar de allí sin verme. Considerando el suceso y admirada, mi madre mandó a la criada mostrar el niño al peregrino. Éste me tomó en sus brazos y, como el anciano Simeón hiciera en otro tiempo con Jesús niño, se puso a profetizar: “En esta calle han nacido hoy dos niños. El primero, es decir, éste, será de los mejores del mundo y el otro de los peores”⁴.

Francisco, oyéndote estas cosas, claro que me viene a la mente lo que dice el evangelista Lucas (2, 25-35). Pero, me pregunto: ¿No se referiría el peregrino a un solo y mismo niño? Porque, pienso en los “dos hombres” de los que habla San Pablo. ¿O es que no hay en nosotros un impenitente y un elegido? Todo me hace pensar que así sea cuando miro ese gato de aspecto distraído y simbolismo heterogéneo, oscilante entre maléfico y benéfico; de comportamiento ambivalente, ora manso y cariñoso, ora agresivo. Puede que así sea, hermano, si considero mi vida “cuando vivía en pecados...” y ahora.

En estos días tan señalados, mientras esto ocurría, mi padre no se hallaba en Asís. Estaba en su enésimo viaje a los mercados de Francia, porque lo primero era lo primero; y lo primero eran los paños. Mi padre hablaba y no paraba encomiando las telas preciosas de nuevos colores, los paños diferentes de Brujas y Gante y su particular enfurtido que, dicen, se debe a las cualidades del agua. Aunque mi padre se dedicaba de forma especial a los paños, de vez en cuando traía algunas joyas, esmaltes y marfiles, que sabía que esas cosas hacían perder la cabeza a algunos afortunados y vanidosos y, así, él tendría la ocasión de adquirir alguna buena tierra.

Pensando en mi madre y su estado, parece ser que dudó a qué feria de Champaña podría ir, porque eran varias las que se celebraban, aunque de forma ininterrumpida: la de diciembre-enero; la de cuaresma; la de San Quirico o de mayo; la de san

Juan, junio-julio; y la feria “fría” de Saint Reny, octubre-noviembre; ésta, por oposición a la “cálida” de San Juan. No sabría decirte en cuál de ellas se hallaba. Seguro que pensó, al partir, que mi madre y yo podríamos esperar hasta su vuelta. De otro modo no la habría dejado sola, aunque sola no quedaba, porque jamás una mujer extranjera hubiera quedado en una tienda bien abastecida, confiando en la bondad de los vecinos. Mi abuelo Bernardo seguramente estaba por allí. En la casa tampoco faltaba la servidumbre ni la buena vecindad, que mi madre se había granjeado con su bondad y carácter natural. Si por un lado mi padre se hallaba intranquilo acordándose en el estado en que se encontraba mi madre, por otro le sosegaba pensar que en Asís había, en ese momento, cierta estabilidad política, aunque se carecía de libertad. Pero a mi padre le interesaba mucho más la calma que la libertad⁵.

Mi padre había oído decir a los alemanes que el aire de la ciudad hacía libres a los hombres. El lo dudaba; de lo que no dudaba era de las posibilidades que ese espacio entre murallas le ofrecía. Allí había grandes, pequeños y medianos; ricos y pobres; necesitados y opulentos; también gente del común. Por experiencia mi padre sabía que en la ciudad el dinero era el rey. Y los vicios de su profesión de mercader eran la codicia y la avaricia, vicios propios de un burgués. No ignoraba los del ambiente señorial, en el que constantemente se movía con la venta de paños, que eran la soberbia y el orgullo.

Sabía, también, que “la ciudad empujaba al delito”. Y muchos de los espectáculos que se le ofrecían al ciudadano eran las violencias cívicas, como las flagelaciones, las ejecuciones de condenados, y los empicotados.

Yo sé, Francisco, que los intelectuales tuvieron que ingeniárselas para sustraerse a la acusación de vender la ciencia “que pertenece sólo a Dios”.

Pero los mercaderes, como tu padre, hubieron de vérselas con la acusación de vender el tiempo, que también “pertenece a Dios”. Y la situación de éstos estaba siempre bajo sospecha desde la antigüedad y aún se reforzó con el cristianismo. ¿Recuerdas la expulsión de los mercaderes por Jesús? (Mt. 21, 12-14).

Este estigma, hermano, nos acompañaba siempre, aunque su condición económica, social e ideológica había mejorado, porque la comunidad conocía los servicios que le prestaba y tenía conciencia de los riesgos que corría. Mi madre, en este aspecto, llevaba la procesión por dentro, porque conocía los riesgos que mi padre corría en los viajes a Francia. El viaje de Asís a Francia, aunque por ésta entendamos la Provenza, era largo y peligroso.

Con los mercaderes viajaban también los aventureros, los soñadores y los ladrones; éstos conocían bien los pasos obligados. Y aunque partían bajo la protección de hombres de armas que habían contratado en la ciudad y, en las regiones se pagaba el derecho de paso, los siervos veían con malos ojos a esos extranjeros armados y prósperos. En una palabra, hermano: el mercader seguía siendo un paria⁶.

Lo creo, Francisco. Lo creo. Aún te puedo yo decir más: que hasta los hermanos de las órdenes llamadas Mendicantes, como la de los Hermanos Menores, la tuya, hubieron de buscar, más tarde, una justificación para el mercader, llamando en su ayuda al purgatorio; aunque Tomás de Aquino es un tanto ambiguo al respecto: “el comercio, dice, tiene en sí algo de vergonzoso”. En realidad, Francisco, la línea de separación entre mercader y usurero es difusa.

En tu tierra el mercader era el rey; pero fuera de las ciudades italianas, el mercader latino, lombardo, no era bien visto; toda la cristiandad veía en él la imagen reflejada del judío aborrecido. Supongo que sentiste en tu carne alguna experiencia amarga, porque pisaste la raya que separa la nueva ética no aceptada del

que acumula, de la tradicionalmente alabada del derrochador, del que tira el dinero. Es decir, sentiste las convulsiones de la nueva ética del trabajo y la propiedad, la que contrapone el talento al nacimiento. No pareció, Francisco, seducirte ésta. Es más, tampoco pareció seducirte el mercader santo Omobono de Cremona, canonizado por sus paisanos a los dos años de su muerte (1197); claro que, con 16 años, tú estabas en otras cosas.

Quizás fluctuaban en tu mente ideas sobre el mercader pionero que aprende lenguas extranjeras, el conocimiento de las medidas y la manipulación de las monedas; la afirmación de tu persona, cuerpo espíritu, y la vocación que esto implicaba: convertir el tiempo en objeto de apropiación individual o no⁷.

¡Qué lejos hemos ido, Francisco! Volvamos al cuadro que representa tu nacimiento y a la razón de tu nombre, porque tengo algunas dudas. El hecho de que tu madre te llevara a bautizar a la fuente de la catedral de San Rufino, en ausencia de tu padre, Pedro de Bernardone, y a su vuelta de las ferias de Francia él te cambiara el nombre, me sugiere que tu nacimiento pudo ser prematuro; de hecho, nunca fuiste corpulento y siempre enfermizo⁸. El nacimiento de un niño sano hubiera permitido aplazar el bautismo, como era costumbre, hasta el regreso de tu padre⁹. Pudo, también, faltar previsión en la elección de tu nombre o en el cálculo de su regreso.

Pero también he leído lo que dicen tus primeros compañeros en la vida de conversión: “Como hubiese nacido en ausencia de su padre, su madre le puso el nombre de Juan; pero su padre, de regreso de Francia, le llamó luego Francisco¹⁰.”

Francisco, creo que, de haberse conservado algún documento de archivo, deberías figurar como Juan de Pedro de Bernardone, apodado Francisco (o apodado Ciccu, que parece haber sido el nombre por el que también te llamaban, según tengo entendido¹¹). De haber sido tú el primogénito deberías haberte llamado